castigo a España oficial, renuente a la autoridad de Cristo. El hundimiento del *Titanic*, la muerte del mayor ornamento de la raza española, tal vez de la gente latina, son lecciones elocuentísimas de que "el hombre se marchita como el heno, y la gloria del Señor permanece eternamente."

DISCURSO

EN ELOGIO DE DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

PRONUNCIADO ANTE LA ACADEMIA COLOMBIANA
EL DÍA 30 DE JUNIO DE 1912

POR ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Señores Académicos:

Este discurso no necesita preámbulo. Menéndez y Pelayo ha muerto, y la Academia Colombiana ha querido asociarse al duelo universal. Y toca hacer el elogio del grande hombre al más humilde de los que oyeron sus lecciones en la cátedra; á quien tuvo por él el más respetuoso cariño y la más profunda de las admiraciones de su vida; y que hace pocos días, cuando supo la noticia de la muerte inesperada del maestro, sintió en el alma la invasión de las sombras de la noche; y la impresión de frío que producen las ráfagas inclementes del invierno. El sol ha sufrido eclipse en los dominios espirituales de Castilla: aprovechemos estos momentos en que la penumbra convida a la meditación, para valorar la pérdida que hemos hecho; para honrar la memoria del muerto, dando gracias a Dios, que creó esa naturaleza espléndida para orgullo de nuestra raza, y rindiendo homenaje de humildad a su inescrutable Providencia, que lo mismo que se lo dio al mundo se lo arrebata, sin dejarnos columbrar ni cómo se produjo aquel milagro de precocidad y pasmo de talento; ni por qué se extinguió tan pronto aquel sér en quien la mano creadora había parecido hacer derroche de sus más altos dones.

No es con manifestaciones de sentimentalismo lánguido como debe hacerse el elogio de Menéndez y Pelayo. La viril naturaleza de este cántabro de pura raza, era poco inclinada a las exhibiciones lacrimosas. El creía que a un verdadero cristiano debía acompañársele a la última morada con austeras oraciones, y no con apoteosis teatrales que ofenden la dignidad de la muerte. El tuvo lágrimas para los seres queridos que lo precedieron en el viaje eterno, pero no hizo ostentación de ellas; sino que escondió su duelo en lo íntimo del corazón y siguió cumpliendo serenamente con sus deberes de hombre y sus obligaciones de sabio. Nó! no lloremos a Menéndez y Pelayo con flaqueza femenina: aprendamos de él á ser enérgicos y fuertes. Y al recordar la grandeza del roble que ha caído en tierra y la mano que aplicó el hacha a su robusto tronco, despidamos al gigante con un himno triunfal, y saludemos con cristiana esperanza su gloriosa entrada en las regiones de la luz y de la paz.

En Menéndez y Pelayo se unieron armoniosamente la España antigua, la de las grandes y venerandas tradiciones, y la España moderna, en todo cuanto ésta tiene de propio y original. El dio la voz de paz entre lo pasado y lo presente, que reñían en violenta lucha; y demostró que no hay preparación más adecuada para la formación del carácter nacional, que el conocimiento exacto de lo que cada pueblo fue y significó en la serie de los tiempos. Nacido en una época de desorientación intelectual, tocóle presenciar en su juventud primera el triste espectáculo de españoles que, anhelosos de pasar por hombres modernos, no hallaban expediente más práctico y sencillo que renegar de la vieja España y relegarla al más oscuro rincón de la historia; y vio también cómo esos mismos negadores, muchos de los cuales estaban dotados de superior entendimiento, no acertaban a sacar fruto ninguno de su triste negación, y, desalentados é inquietos, seguían buscando inútilmente la fórmula salvadora del alma nacional, la que, redimién-

dola de las cadenas de la tradición, le permitiese desplegar libremente el vuelo, y remontarse a las alturas de tiempo atrás alcanzadas por otros pueblos. Cuando MENÉNDEZ surgió á la vida literaria halló cerradas todas las sendas del engrandecimiento intelectual de su patria; y vio al krausismo, á modo de selva oscura é inextricable, donde se emboscaba la juventud española, para vagar sin tino ó para caer luégo en las brutales conclusiones del positivismo. En MENÉNDEZ fue encarnando, cada día con mayor amplitud y pujanza, el espíritu nacional, hasta llegar a ser el español más representativo de su estirpe; y gracias a él principalmente y a la acción decisiva que ejerció sobre la generación posterior, España tuvo, quizá por vez primera, la revelación completa de su propio genio; y pudo dar su justo valor, tanto á las negaciones denigrantes de sus enemigos, como á los falsos ditirambos de pretensos apologistas. Reivindicación heroica, empresa que parecía superior a las fuerzas de un hombre solo; y que MENÉNDEZ dejó terminada en todo lo esencial, faltándole sólo los últimos desarrollos de su programa; las finales conclusiones de su tesis; el coronamiento del edificio ciclópeo que levantó con sus propias manos y sin auxilio de nadie, en treinta y tantos años de labor diaria y sin tregua. ¿Cómo honrará dignamente España al hijo amantísimo que le devolvió la conciencia de su representación providencial en el desarrollo de la civilización moderna; al que consagró todos sus desvelos á restaurar la imagen de la madre venerada, oscurecida por los años y por la incuria de sus propios hijos; y se afanó por presentarla ante el mundo con sus geniales atavíos, en todo el esplendor de su prístina hermosura? ¿Con qué pagará la patria al pregonero de sus glorias en todos los confines del orbe civilizado; al que probó que de un suelo que los pesimistas juzgaban casi esterilizado, podían brotar gigantes, no inferiores á los que engendró el milagroso período del Renacimiento?

Los que empiezan ahora su carrera, difícilmente podrán explicarse el género de fascinación que produjo MENÉNDEZ Y PELAYO sobre los que nos iniciámos en las letras, en la época en que el astro del célebre joven ascendía en vuelo rápido y triunfador sobre el horizonte literario. En cartas y revistas llegaban de España noticias de las hazañas que día por día realizaba aquel "niño del milagro," como lo llamó Ortega Munilla, aquella "novena maravilla de talento," como lo apellidó Clarín; que á los veinte años era un sabio de reputación europea, y cuya aparición repentina en el campo de batalla había producido en las filas enemigas un efecto parecido al que causaba Santiago en las huestes de la morisma. Llegaban hasta nosotros los ecos de esos encuentros en que el infantil campeón del catolicismo, derribaba de un solo mandoble filas de contrarios y quebraba los aceros de los más acreditados adalides. Y abríamos con afán los libros en que el gran polígrafo daba testimonio de su actividad prodigiosa. Allí había para todos los gustos: versos de factura clásica; traducciones de poetas antiguos y modernos; discursos académicos; polémicas ardientes; estudios críticos; acabadas monografías como el *Horacio en España;* inmensos trabajos bibliográficos; y luégo el espléndido monumento de la *Historia de los heterodoxos españoles*, concebido por un sabio, ejecutado por un artista y dorado al fuego de la honrada pasión del hombre. Todo esto arrojado á las prensas en poco más de un lustro de no interrumpida labor. ¡Y esta montaña de producción literaria y científica era como la primicia de lo que debía esperarse de aquel dominador del mundo intelectual, que sin reposar de la labor ya cumplida, empezaba á trazar la rica serie de las *Ideas estéticas,* y con la iniciación de la historia de la lírica y de los estudios sobre Lope de Vega, preludiaba la obra magna, para cuya construcción había acumulado ya enormes bloques graníticos, la Historia de la literatura española, que debía ser la cúpula triunfal del templo de su gloria! ¿Quién podía dejar de sentirse subyugado ante aquella fuerza de la naturaleza puesta en actividad? Para hallarle término

Rosario Histórico

de comparación tenían que recordar los apologistas la fecundidad legendaria del Tostado ó el milagro de precocidad de Juan Pico de la Mirandola; no sin hacer la observación, favorable á nuestro contemporáneo, de que la producción del primero es obra muerta, y que de la erudición del segundo no queda casi sino el recuerdo del asombro que produjo entre los hombres de su tiempo.

Cuando hace veinte años, la benévola amistad del ilustre Presidente don Carlos Holguín me honró con un cargo diplomático en Europa, llevaba yo, entre la nube de ilusiones que rodean a un joven que pasa del nido paterno a los grandes centros de civilización del mundo, el anhelo vivísimo de conocer a tres personajes que por distintos conceptos atraían mi curiosidad y subyugaban mi admiración: León XIII, Gladstone y Menéndez y Pelayo. Y si fue honda mi emoción cuando me acerqué al pontífice casi nonagenario, y oí su voz y percibí sobre mi frente el contacto de sus manos temblorosas; y si sentí profunda impresión cuando vi erguirse la majestuosa figura del estadista británico en el recinto del Parlamento, en la época de la discusión del *Home rule*, también debo confesar que experimenté sensación extraña, mezcla de temor y de gozo, cuando penetré por vez primera en aquel modesto departamento del Hotel de las Cuatro Naciones, donde pasó Menéndez los mejores años de su juventud, y me encontré frente á frente, como tímido vasallo, con aquel monarca de la inteligencia. Esta realeza no tenía atributos externos y su representante se envolvía en modesta capa española; pero sus títulos indiscutibles estaban allí, en los libros esparcidos por la habitación, y que con voces mudas proclamaban las excelencias de su autor.

Como fenómeno de precocidad, Menéndez y Pelayo fue tal vez único en su siglo. En la edad en que los jóvenes gastan sus fuerzas en tanteos, casi siempre infructuosos, en ensayos, por lo regular fallidos, en que tienen que arrimarse a la autoridad de algún maestro y seguir humildemente

en pos de él, para poder orientarse un poco en el revuelto campo de la historia, en el dédalo de la filosofía y formarse un concepto del hombre y de la vida; en que el pensamiento a medio formar, halla rebelde la expresión, y las palabras, en vez de ser esclavas sumisas, que se ordenan y marchan a la voz de su dueño, se ostentan en disgregación anárquica y huyen al reclamo de la idea; en esa época, simpática por su mismo carácter indeciso, pero de dura prueba para el principiante, Menéndez y Pelayo era un perfecto humanista; manejaba como dueño y señor todos los tesoros de la lengua castellana; había sometido a crítica los grandes sistemas filosóficos y había trazado un rumbo original a su pensamiento; se había formado un concepto propio del arte y de la historia; había abarcado el vasto cuadro de la literatura universal, desde Homero hasta las últimas manifestaciones de la poesía hispano-americana; y había trazado las líneas fundamentales de la historia de la civilización hispánica. En Francia ó en Inglaterra la aparición de un hombre de esta especie, habría sido acompañada con los honores de la apoteosis; la fama de Menéndez tuvo que padecer un poco por causa de la posición secundaria que, política e intelectualmente, ocupó España en la pasada centuria, por obra de propias flaquezas y de ajenos y mal justificados olvidos y desdenes.

Menéndez y Pelayo era un hombre del Renacimiento, extraviado en las postrimerías del siglo décimonono. En aquella época, el mundo occidental, dotado de nueva y pujante fecundidad, dio la vida a una raza de gigantes, capaz cada uno de ellos de sostener sobre sus hombros la bóveda estrellada. Esos genios tenían algo de rudo y de disforme, herencia de los tiempos medioevales, pero el gusto clásico había suavizado sus espíritus con el ritmo de la flauta de Pan. Su complexión hercúlea les permitió llevar de frente todas las ciencias, sin dejar por eso de mezclarse a la vida de acción; y no hallaron incompatibles las arduas discusiones teológicas con el estudio amoroso de los poemas de

Universidad del Rosario Archivo Histórico

Homero y de las tragedias de Sófocles, y con la admiración apasionada de los mármoles que surgían de entre las ruinas de la antigua Roma. Fue un período de embriaguez intelectual y en que, a la par, las energías físicas llegaron a su pleno desarrollo, produciendo grandes héroes y grandes malvados; egregios artistas cristianos y secuaces del paganismo renaciente, que casi habían borrado de sus frentes las huellas del bautismo. MENÉNDEZ Y PELAYO parecía figura de esa edad; porque era, ante todo, un hombre en la hermosa amplitud de la palabra. Su inmenso desarrollo intelectual no había hecho mella en su poderoso organismo montañés. Sentía en su pecho el oleaje de la vida; y gozaba, con ingenua alegría, de los espectáculos de la naturaleza; de la grata impresión del aire libre, de la luz del sol. Como los platónicos de Florencia, hallaba placer estético en sentarse a una mesa refinada en compañía de nobles damas y de escogidos ingenios, y hubiera repetido como el célebre Marsilio Ficino, que un festín es "ingenii pabulum, amoris et magnificentiæ argumentum, esca benevolentiæ, amicitiæ condimentum." El mismo impulso inicial que condujo a sus antecesores a los últimos límites del planeta, lo llevó a él a la conquista del mundo intelectual. Fue polemista terrible, como los humanistas del siglo diez y seis, y manejó la sátira con tanto desenfado como ellos, aunque con mayor cultura, como lo reclamaba la época y lo exigía la caridad cristiana. Gozaba con la lucha, y parecía agrandarse y cobrar fuerzas al contacto del acero de su adversario. En su mocedad, dijérase que se complacía en suscitar enemigos contra sí, exagerando quizá la expresión de ciertas ideas extremas. Es que luchar es vivir, y MENÉNDEZ amaba las nobles y enérgicas manifestaciones de la vida. Hé aquí una de las razones de su entusiasmo por esa edad, de tánto brillo artístico y literario, en que los hábitos eran más viriles, las costumbres menos blandas, y en que los paladines de una idea podían defenderla, a pecho descubierto, *viribus et armis*, en los magnos claustros de las universidades, almenadas ciudadelas de la inteligencia. Recuérdese la entusiasta invocación con que da principio a los cantos latinos que escribió como broma literaria, a imitación de los que hacían los *goliardos* o estudiantes nocherniegos de la Edad Media:

Ave salmantina
Civitas gloriosa
Gloria litterarum,
Semper speciosa.
Ecce tibi venit
Pauper scholaris:
Hujus vitæ et morum
Forte recordaris.

Cuando contemplamos el retrato de MENÉNDEZ Y PELAYO, a la edad de cuarenta años, nos parece tener a la vista una efigie de otro siglo; y echamos de menos, para su reproducción en el lienzo, no el pincel con que el Greco inmortalizó tipos devorados por la fiebre interior, sino el potente y plácido con que Holbein trazó sus arrogantes figuras. En aquellos ojos destella la inteligencia; y el amplio rostro sanguíneo aparece iluminado con una sonrisa benévola, reveladora de la alegría espiritual, del equilibrio de todas las facultades, de la serenidad del sér que ha llegado a su armónico y cabal desenvolvimiento.

¿Cómo logró MENÉNDEZ evitar los peligros que apareja la desusada precocidad intelectual, la consagración a estudios y trabajos de benedictino desde los primeros años de la adolescencia? ¿Cómo no fue un nuevo ejemplar de triste decadencia física, de deformidad y de desequilibrio nervioso, a la manera del grande y desolado Leopardi? A veces esos genios, que se anuncian como gigantes, quedan luégo en el mundo, dando el melancólico espectáculo de árboles que secó prematuramente el rayo. Caso lastimoso hubiera sido que la flaqueza corpórea hubiera perturbado la salud y la alegría del joven MARCELINO, espíritu digno

Rosario Archivo Histórico

de haber tomado parte en el *Banquete* de Platón. El haber superado esta crisis, que hubiera podido juzgarse inevitable; el haber conservado, hasta los últimos días, una salud de hierro; el haber logrado que sus ojos, exploradores de todo el saber escrito de la humanidad, no perdieran nunca la lucidez y perspicacia de la visión; y que ese cerebro, siempre en actividad, siempre golpeado por las olas del pensamiento, no padeciera flaqueza, no sufriera nunca las deprimentes acometidas del dolor, es una de tantas maravillas como ofrece la vida de Menéndez y Pelayo. Y esto demuestra también que esos seres dominadores, sea en el campo de la acción, sea en el de la ciencia, son objeto de predestinación providencial, y vienen preparados por la naturaleza para que su cuerpo sea amplia y sólida residencia del alma. No es fácil concebir un Hernán Cortés, un Napoleón, un Bolívar, sin la resistencia orgánica suficiente para presidir a la ejecución de sus vastos designios, haciendo frente sin desfallecer al frío y al calor, al hambre y a las fatigas, a la deficiencia de los propios y al ímpetu de los adversarios. Lord Rosbery cuenta que Bonaparte combatió durante cinco días a los austriacos de Alvinzi sin consagrar un instante al reposo y al sueño. Y pasando de este campo al de las letras, sólo un hombre dotado de una complexión especial puede ser capaz de escribir cien grandes cuartillas de una tirada o devorar volúmenes en un día, como lo hacía regularmente Menéndez y Pelayo, sin sentir el menor amago de lasitud cerebral. Así el que imagine que puede emular las hazañas del maestro, por medio del esfuerzo devorador, de la dedicación absoluta, de la paciencia más ejemplar, pronto echará de ver que sus facultades se anublan, y que la naturaleza se resiste a una labor anormal; y hará el papel del cuervo de la fábula que, viendo la gallardía con que el águila real arrebataba en sus poderosas garras un corderillo, quiso repetir la prueba, y sólo consiguió quedar torpemente aprisionado entre los espesos vellones de su presunta víctima.

La erudición de Menéndez y Pelayo era tal, que aun después de haber oído acerca de ella tantas curiosas noticias, dejaba atónito al que tenía ocasión de ponerla a prueba. Su memoria parecía dón sobrenatural. Cuando se lee con suma rapidez, generalmente no queda sino un vago y superficial recuerdo de la lectura; y si se mezclan en ella producciones de varia índole y diversos autores, suele sobrevenir extraña confusión de ideas y de impresiones, y el tiempo y el trabajo resultan baldíos. En la memoria de Menéndez y Pelayo todo se fijaba de manera indeleble: lo grande y lo pequeño; el conjunto y los más menudos detalles. Allí perduraban todas las lecturas que había hecho en su vida, sistemáticamente organizadas; de modo que llegó a ser él una monstruosa biblioteca ambulante, lista siempre a responder a la menor solicitación. Cuando se considera que lo más a que suele llegarse, mediante la aplicación de un método acertado, es a aprender a consultar los libros y a saber dónde se encuentran los datos, en el momento en que se necesitan, crece la admiración por este hombre, que había leído y estudiado todos los volúmenes de su enorme biblioteca, y daba cuenta rápida y precisa de cuanto en ellos se contiene. En sus primeros años, en el ardor de las polémicas, algunos de sus adversarios y no pocos de sus envidiosos, se consolaban llamándole erudito de títulos de libros; género de erudición, por otra parte, que cuando se refiere a obras tan poco conocidas, y a veces de tan estupenda rareza como las que incluyó Menéndez en su Inventario de la ciencia española, bastaría para la gloria de un bibliógrafo. Pero el goce de los que hacían aquella afirmación, duró muy poco, pues en el curso de estas polémicas, emprendió nuestro joven un viaje por diversos países de Europa; y sus réplicas, escritas al correr de la pluma, en la atmósfera antiliteraria de hoteles cosmopolitas, estaban tan llenas de varia y recóndita erudición, que a nadie podía quedar duda de que el autor había leído cuidadosamente esos enormes infolios griegos y latinos y los

Universidad del Rosario Archivo Histórico

sabía casi de memoria. En carta escrita desde Venecia al Director de *La España*, en contestación a don José del Perojo, refuta una afirmación que éste había hecho al aire sobre la importancia respectiva de los filósofos del Renacimiento Bessarion y Foxo Morcillo, y agrega: "Si el señor del Perojo insiste èn esta cuestión, yo que, gracias a Dios, he leído *de capo a fondo*, como dicen los italianos, las obras de Bessarion y las de Foxo, le presentaré un paralelo entre ambas; y celebraré que le haga provecho y le enseñe a andarse con un poco de tiento en juicios y decisiones." Y más adelante dice, refiriéndos e al mismo contrincante: "Cita en vano, como si dijéramos en falso, al pobre Gassendi, en el prólogo de su obra, sin decir cuál, siendo así que escribió siete tomos en folio. Pero yo lo diré por él. El pasaje en que Gassendi habla de Vives está en el proemio de las *Exercitationes Paradoxicæ adversus Aristotelicos*." Piénsese en lo que significa tener leídas, a los veintiún años, las obras completas y escritas en latín, de filósofos secundarios, cuyos nombres son ignotos para la mayoría de las personas cultas: el que esta proeza había realizado tenía que haber estudiado previamente a todos los grandes filósofos del mundo; pues nadie empieza por las rarezas eruditas; y así era la verdad. ¿Cómo? ¿en qué tiempo? problema es éste que se presentaba cada vez que aparecía un nuevo libro de Menéndez y Pelayo; y que nadie acertó a resolver satisfactoriamente; porque, para mayor confusión, es sabido que nunca trabajó de noche, para no comprometer la salud de sus ojos; y lejos de rehuír el trato social, era asiduo cultivador de un selecto círculo de relaciones y pasaba largas horas en plática familiar con las personas de su confianza y predilección.

Provisto con este arsenal acometió Menéndez y Pelayo la triple tarea de restaurar el gusto clásico en España; de rehabilitar las olvidadas glorias de la ciencia y la filosofía españolas; de renovar la historia de la literatura castellana.

Menéndez y Pelayo era uno de los pocos hombres de nuestra raza en quienes el amor á la antigüedad no fue un tema retórico, ni una vanidosa ostentación, sino una irresistible tendencia de su alma. Había estudiado los textos griegos como filólogo y como artista, única manera de que este estudio dé sus frutos de cultura estética. A su entender, el genio griego había encontrado la fórmula más perfecta de la hermosura artística, y sus modelos, inaccesibles a la imitación, debían estar siempre delante de la vista, como objeto de estudio reverente, como estímulo y despertador de las facultades creadoras, como correctivo a los descarríos de la imaginación y ejemplares de acabada armonía entre el fondo y la forma. Le atraían, sobre todo, la poesía grave y humana, el profundo sentido religioso, que bajo los risueños juegos de la mitología, ofrecen los poemas homéricos, las tragedias de Esquilo y de Sófocles, las odas triunfales de Píndaro. Admiraba, como cualidades supremas, la pureza de líneas, el olímpico sosiego, la armonía de las proporciones, la nitidez de la expresión, el desarrollo ideal del pensamiento, que se difunde mansa y serenamente por el cauce de oro de la palabra, y con su influjo benéfico aquieta las facultades inferiores, pone paz entre los elementos discordes y ordena el ritmo de la vida. Pero si, con su criterio varonil y nada asustadizo, se permitió hacer donosa burla de los moralistas que, como el abate Gaume, consideran como el *ver rongeur* de la civilización moderna el estudio de los clásicos, muy lejos estuvo de establecer confusión entre ideas de orden diferente y convertir el entusiasmo por la belleza antigua en adoración por la sociedad pagana, como lo han hecho Carducci y otros de la misma escuela. Jamás el espíritu de reacción anticristiana que anima las *Odas bárbaras*, halló correspondencia en los cantos del poeta español; nunca lamentó él que el imperio de la fuerza, representado por la Roma de los Césares, se desplomase, minado por el blando influjo de la caridad evangélica. Su paganismo fue puramente literario; pues

Archivo Histórico Rosario

en filosofía de la historia, su criterio era providencialista y en cada uno de los grandes acontecimientos humanos veía la mano de Dios, que encamina los destinos del mundo. "La apología—dijo en uno de sus últimos trabajos,—ó más bien, el reconocimiento de la misión alta y divina de la Iglesia en los destinos del género humano, brota de las entrañas de la historia misma, que cuanto más a fondo se conozca, más claro nos dejará columbrar el fin providencial." El ideal del arte consistía para él en infundir en las formas clásicas el espíritu cristiano; por eso su poeta predilecto entre todos los líricos fue Fray Luis de León, que pulsa la lira de Horacio para expresar anhelos místicos y parafrasea la estética de Platón para celebrar los efectos que produce en su alma la música religiosa de Salinas. Menéndez creía que el velo de la belleza hacía menos peligrosas ciertas desnudeces morales del arte antiguo; pero si, á semejanza de Chénier, tradujo el *Oaristys* de Teócrito, jamás, en sus versos originales, cayó en el crudo sensualismo que afea las *Elegías* de aquel gran poeta francés, que fue uno de sus maestros.

Porque Menéndez y Pelayo fue poeta en sus mocedades y guardó especial cariño a sus versos, aunque procurase disimularlo. Achaque ha sido de eminentes sabios y hombres de Estado, el poner el corazón en versos escritos sin el beneplácito de las musas: inocente manía, que merece disculpa y, en ocasiones, hasta respeto. No era éste el caso de nuestro autor, en cuya alma ardió una chispa de genio lírico, que en más de una ocasión lanzó vivos resplandores. Sus versos no han llegado a ser populares, porque son poesía sabia, manjar de extraño sabor para muchos paladares. Pero, ¿la erudición no puede, acaso, ser tema de poesía? Es la poesía una interpretación ideal del mundo externo, una manifestación vibrante del alma del artista. A sus dominios pertenece, como dijo Fernando de Herrera, "todo cuanto cae en sentimiento humano." Pero sea cual fuere el tema que trate, la poesía verdadera se reconoce siempre por su andar de diosa. Para el vulgo, la erudición es una vieja, seca y adusta, de vista vacilante y de manto desteñido, cubierto con el polvo gris que brota de los libros olvidados; para un sabio como Menéndez, la erudición es una musa gentil, que con su antorcha ilumina los arcanos de la ciencia, permite descifrar los casi borrados renglones de los códices vetustos y hace surgir perfumadas floraciones de ese mismo polvo, que parecía árido e infecundo.

Los cantos de Menéndez sobre temas eruditos son obra de entusiasmo y de pasión: canta á Horacio en el tono triunfal con que Píndaro celebraba a los vencedores en los juegos olímpicos, y ensalza la literatura griega en arrogantes períodos, que se desenvuelven como los vastos pliegues de un manto, debajo de los cuales se adivina la recia musculatura del atleta cantor. Y en pos del homenaje ofrecido en las aras predilectas, viene la lucha contra la legión de fantasmas hiperbóreos que, con su presencia invasora, amenazaban turbar la limpidez y serenidad del genio latino, nacido al arrullo del Mediterráneo. Y es grato ver, cómo en ese pecho, abroquelado para la pelea, prende la llama de la pasión amorosa, tímida primero y desconfiada en los versos infantiles á su prima, ardiente y desatada después en los cantos dedicados á Lidia y Aglaya, que no fueron creaciones fantásticas sino figuras muy reales, que despertaron hondas pasiones en el alma del poeta. Extraños versos son éstos, en que se mezclan los recuerdos del estudiante erudito, con los arranques del hombre sinceramente enamorado: el que ponga a un lado ciertas asperezas de forma y penetre en el fondo, hallará pasión sincera, expresada en frases nuevas y de gran belleza artística, y compartirá las emociones del poeta, ya cuando se extasía ante la bella Epicaris, a quien considera como el arquetipo de todas las perfecciones, como símbolo de la universal armonía; ya cuando sueña con la elegante Lidia, como visión vespertina que se levanta de entre las olas inclementes del mar

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

cantábrico y la convida á que enlace las blancas hebras de su destino con los negros hilos de la existencia de su cantor; ya cuando, herido por el primer desengaño, apenas se atreve a ofrecer a la dulce Aglaya el amor silencioso de un corazón manchado por otro recuerdo, hasta que, vencido por la contemplación de la rubia mies que orna como diadema su frente, y por la clara luz de sus ojos profundos, se conmueve y la llama con voz querellosa a ser la sal de su mesa desierta, a alumbrar sus vigilantes horas, a escuchar el relato de fábulas sabrosas de amores de los hombres y de los dioses. Tienen estas poesías un sello personal, que las distingue de la mayor parte de los cantos amorosos; como lo tienen los idilios y elegías que consagró Leopardi al recuerdo de Silvia, de Nerina y de Aspasia. ¿Qué les falta para competir con éstos? Les falta únicamente aquella última mano que los grandes artistas dan á sus creaciones antes de entregarlas al juicio del público. No era compatible con el arranque improvisador de Menéndez ese trabajo de depuración lento y reposado, que lima las asperezas, borra las disonancias y logra que pensamiento y expresión se compenetren armoniosamente y que la obra se destaque en toda la pureza y gallardía de sus líneas y contornos, como la Venus de Milo en la majestad de su gloria.

La inspiración lírica fue llama que pronto se extinguió en el corazón de Menéndez y Pelayo. Su vocación era la de prosista; y a la prosa llevó sus insignes cualidades poéticas de imaginación y sentimiento, creándose un estilo sin rival en su género entre los modernos escritores castellanos. Instrumento es éste difícil de manejar; y muchos han fracasado, ya en el insensato empeño de remedar servilmente el estilo del siglo de oro; ya con la imitación de la frase cortada y antitética de ciertos escritores franceses; ya con el uso del período ampuloso y bombástico, en que el follaje vicioso ahoga la idea. En la primera mitad del siglo pasado predominó en España, entre críticos y eruditos, el mal llamado estilo académico, retorcido y falso, que

jamás da la impresión de la realidad y nos hace recordar a esos individuos que estudian el gesto de sus rostros de hielo para fingir emociones que no sienten. Hay grandes excepciones, como Larra y Valera. El primero dio á su prosa el corte acerado, como de espada de dos filos, propio para la expresión de los pensamientos tétricos y sombríos, que a modo de aves siniestras, brotaban de su abismo interior. En la prosa de Valera cantan las cigarras atenienses, con hechicera dulzura, como cantaba la que buscó refugio en el seno perfumado de Cloe: el estilo de sus discursos y disertaciones tiene la gracia y la gentileza propias del genio andaluz, depurado por el estudio de los clásicos griegos. Su frase, risueña y transparente, es un modelo, pero no es imitable, como no lo es la de los *Cuentos* de Voltaire o la de los *Diálogos* de Renán. La prosa de Menéndez y Pelayo es de corte moderno, ni asiática ni cortada; de efecto rápido y directo. Se comprende que ha brotado sin esfuerzo de la pluma del autor, como manantial que salta y se derrama de una peña. El pensamiento encuentra sin vacilar la forma adecuada de expresión; y los incisos se van agrupando, por arte espontáneo, en torno de la frase principal, sin oscurecerla ni entorpecer su paso, hasta que el período se cierra, con una expresión vigorosa y rotunda, cuya música queda resonando en el oído. En sus discursos tiene Menéndez algo del número oratorio de Castelar, pero sin la redundancia que suele debilitar la elocuencia del célebre tribuno. Porque la de Menéndez y Pelayo fue siempre severa, castamente adornada; y atenta á no emplear más palabras que las indispensables para la cabal expresión de su pensamiento. El calor de la convicción, la energía vital que en todo ostentaba, encienden las frases; y la sangre fluye a través de los grandes períodos. Y cuando llega el momento culminante, en que el artista de la palabra va a dar el toque final, el que ha de subyugar al lector, el poeta interviene; y entonces la idea se transforma en imagen, y ésta se yergue, fresca y viva, como floración que revienta

Rosario Archivo Histórico

para adornar con sus rojos pétalos la verde cabellera de un gigante del bosque.

Si Menéndez y Pelayo fue un bibliógrafo sapientísimo, digno émulo, con su *Biblioteca de traductores*, de Nicolás Antonio y de Gallardo; si con sus polémicas renovó este género literario, que sólo había servido, en manos de eruditos anteriores, para desahogos biliosos y groseros insultos personales, no son éstos sus principales títulos de gloria; pues sobre su labor de tal clase, está la que realizó como historiador y como crítico artista. A alguien quizá parezca extraño que se hable de arte tratándose de un crítico; y ciertamente, el título estaría fuera de lugar si se aplicara á uno de esos retóricos sin alma, que analizan las obras maestras como quien descompone una máquina, para examinar la colocación y destino de cada pieza. Nada tampoco tiene que ver el arte con esos trabajos de pura erudición, útiles y hasta excelentes, en que el autor sólo se ha preocupado de la exactitud que hoy reclama la ciencia, gastando largas páginas en la fijación de una fecha, en la verificación de un dato, en la descripción de un códice, en el estudio de problemas paleográficos o filológicos. Pero los grandes críticos modernos han dado a este género, antes limitado a la preceptiva, una amplitud y una trascendencia, que lo han colocado entre los primeros y más característicos de la literatura, de un siglo a esta parte. Los *Ensayos* de Macaulay han sido lectura predilecta y educadora de la raza inglesa; y en cuanto a la obra crítica de Sainte-Beuve, se le reconoce hoy tánta importancia, que Brunetière la equipara con la de Balzac, y considera que las dos representan quizá lo mejor de la herencia intelectual que legó a Francia la pasada centuria. Y es que la crítica, así entendida, se enlaza con la psicología y entra en los dominios de la historia. Ella sondea los arcanos del alma, evoca los tiempos idos y resucita las civilizaciones muertas. Hay un esfuerzo creador en el crítico, como lo hay en el pintor de retratos, que sorprende los rasgos

característicos de una fisonomía y los fija en el lienzo, dándonos la impresión simultánea de un rostro y una alma. El crítico vuelve a vivir las obras de arte; las penetra con su propio espíritu y coloca en el centro de ellas el fanal de su talento analítico, con el cual ilumina hasta las más recónditas profundidades, y hace patentes, bellezas que el mismo autor no entrevió sino de manera confusa e implícita. Es, pues, la crítica labor de ciencia y obra personal, pues el arte obedece a reglas, conforme a las cuales deben apreciarse sus producciones; pero hay en él algo inefable y sutil, que se escapa al análisis vulgar y sólo perciben esos profundos escrutadores del mundo espiritual; esos buzos admirables, que saben arrancar las perlas del fondo de aquel océano, llamado el alma del hombre. De aquí la diferencia que presenta un mismo autor estudiado por un crítico de veras o por un literato de escasa penetración; de ahí la distancia que media entre el Homero de Hermosilla y el de Croisset; entre Virgilio analizado por Tissot o por Sainte-Beuve; entre el Shakespeare de Moratin y el de Taine; entre el Arcipreste de Hita, diseñado por Ticknor y la evocación formidable que hace Menéndez y Pelayo del picaresco poeta, en toda su magnitud de coloso prehistórico, digno de entrar en coloquio con Gargantúa o con Pantagruel.

Interesa y atrae el espectáculo de la lucha que entabla el crítico con un grande artista para arrancarle el secreto de su genio; para lograr sorprenderlo en el hervor de la producción, a fin de descubrir las fórmulas mágicas con que ha sabido hechizar a los hombres; para hacer entrar su alma oceánica dentro del propio pecho, con el anhelo de sentir más de cerca las palpitaciones del acto creador. Los grandes espíritus están hechos para comprenderse. Cuando Menéndez y Pelayo llega a Pascal, en aquel desfile de genios, que son las *Ideas estéticas*, parece que, dotado de potestad superior, hubiera dado cita a la sombra del sublime pensador, y que éste hubiera acudido a la

Universidad del Rosario Archivo Histórico

evocación. Cada frase esculpe, pinta, canta, y al través de aquella prosa magnífica nos llegan los centelleos de la pira dolorosa en que se consumió el corazón de Pascal y que al cabo estalló, lanzando al firmamento esa constelación de estrellas que se llama los *Pensamientos*.

En la serie de las obras de Menéndez y Pelayo hay algunas más importantes, pero ninguna más atractiva que sus *Estudios de crítica*, ya literaria, ya filosófica. Si el autor se hubiera dedicado preferentemente a este género de ensayos, la colección de estos estudios y retratos literarios, podría ponerse cerca de las *Causeries* de Sainte-Beuve. No cultivó la crítica de actualidad, excepto para rendir homenaje a figuras de excepcional consideración en las letras y de su íntimo aprecio personal, tales como Milá y Fontanáls, Pérez Galdós, Pereda, Núñez de Arce. La crítica diaria, la que se ejerce desde los periódicos y revistas, para reflejar el movimiento contemporáneo, es tarea alta y educadora; y si la cultivan hombres dignos por su honradez y por su ciencia de este magisterio, puede influír de modo benéfico en el desarrollo del criterio estético y en la dirección artística de un pueblo; pero no es ocupación compatible con la serenidad de ánimo y el método objetivo que se requieren en el historiador literario. Las modernas letras españolas tuvieron en la época de Menéndez, jueces tan perspicaces e ilustrados como Federico Balart, Manuel de la Revilla y Leopoldo Alas. Ejerció también el magisterio, desde las columnas de su opulento *Teatro crítico*, doña Emilia Pardo Bazán, con esa rapidez de comprensión y ese talento de observación, delicado y sutil, propio de su alma femenina. Al lado de éstos, Menéndez y Pelayo trazó la serie de sus estudios, a un tiempo artísticos y eruditos, que nos hacen recordar, por la clase de temas, por la manera elevada y filosófica de tratarlos, por el colorido de los retratos, por la extensión del cuadro histórico en que se mueven los personajes, y hasta por el brillo del estilo, los tres tomos de *Ensayos de crítica y de historia*, de

Taine, que también se llevan las simpatías de muchos de los lectores del gran maestro francés.

Ejemplares de esta forma de crítica, superior y compleja, en que ciencia y belleza se dan la mano, nos ofrecen los discursos de Menéndez y Pelayo sobre la poesía mística en España; sobre la historia considerada como obra artística; sobre los precursores españoles de Kant; sobre la cultura literaria de Cervantes y la elaboración del *Quijote*; su monografía sobre los historiadores de Colón; su conferencia de Barcelona sobre Milá y Fontanáls. Al lado de estos vastos lienzos hay una miniatura de tan exquisita belleza, que por ella sola habría merecido su autor el calificativo de excelso artífice de la palabra: es el breve estudio sobre Henrique Heine. No creo que el afecto de raza me engañe al afirmar que nunca el lirismo sutil y multiforme, mezcla extraña de humorismo y ternura, que sonríe en las páginas del *Intermezzo* y de *La nueva primavera*, ha sido juzgado con mayor delicadeza y penetración. El crítico aprisiona a aquella voluble mariposa en la red de seda y oro de la palabra; y nos hace apreciar la rica variedad de los matices de sus trémulas alas. Me recuerda este estudio el célebre fragmento de Taine sobre Alfredo de Musset; porque uno y otro son inspiración del corazón tanto como de la inteligencia; porque allí el maestro cede el lugar al hombre, y la crítica se convierte en canto. Con justicia Eduardo Rod escogió este estudio para incluírlo, traducido por el docto Mario Schiff, en sus *Morceaux choisis des litteratures etrangères:* no podía haber hecho más afortunada elección.

Las dotes de narrador y de retratista que tuvo Menéndez y Pelayo, culminan en la única de sus obras capitales que llevó a su término; en la sola también que probablemente alcanzó a dejar lista para la edición definitiva: en la *Historia de los heterodoxos españoles*. Curiosa anomalía ésta que úne perpetuamente el nombre del insigne apologista católico, no a un libro sobre los místicos o so-

Rosario Histórico

bre los teólogos españoles, sino a la historia de los que han pretendido hacer germinar la semilla de las herejías en el suelo impropicio de España! Menéndez proyectó su obra desde temprano; y ya en 1876 publicó una especie de plan o programa de ella. Probablemente la idea le fue sugerida por la obra análoga que diez años antes dio o luz en Turín el célebre César Cantú con el título de *Gli eretici d'Italia*, trabajo que no es el más conocido de los suyos, pero que sí es de los más valiosos y originales, porque representa el fruto de una investigación personal y directa, y porque el tema está tratado con brío y elocuencia en la rica serie de sus *discorsi*.

Son los *Heterodoxos* la obra característica de la primera época de Menéndez y Pelayo: tienen todo el fuego, toda la pasión juvenil, sin dejar de ser, como dijo treinta años después su autor, "una obra de buena fe," en que jamás se faltó a la verdad a sabiendas. La materia podría parecer árida y de poco interés: ¿qué nos importan discusiones teológicas de otros siglos, sobre problemas que hoy se plantean de modo tan distinto o que están ya fuéra de toda discusión? En verdad, en manos de un simple analista, la crónica de los heterodoxos españoles sería un capítulo secundario de la historia eclesiástica. Pero es que detrás de esas sutilezas ó extravagancias religiosas, está el alma de quien las forjó y sostuvo por convicción, por soberbia, por espíritu de novedad, quizá por interés; y el análisis de esa alma, y de las ideas a que sirvió, el estudio del influjo que ejerció en el mundo, pueden ser materia de interés permanente, cuando caen bajo la pluma de un verdadero historiador. Menéndez y Pelayo demostró que puede extraerse animación, vida, poesía, movimiento dramático de la mole indigesta de olvidados archivos. Y es digno de notarse que dos de los libros capitales de las literaturas española y francesa del siglo XIX versan sobre temas de historia religiosa. Aunque escritos con espíritu tan distinto, no extrañaréis que en el terreno del

arte se den la mano el *Port-Royal* de Sainte-Beuve y la *Historia* de Menéndez y Pelayo.

Hay en este libro unidad de plan y de idea; desarrollo armonioso de las partes; riqueza de monografías, cada una de las cuales tiene su valor propio, pero que todas contribuyen a la perfección del conjunto; narración animada y dramática, que se va adaptando a los diversos asuntos; por lo cual el estilo recorre desde el tono severo de la exposición didáctica hasta el libre y pomposo de la elocuencia oratoria; y es ya familiar, ya grave, ya humorístico. Encierra el libro investigación directa y de primera mano, lo que permitió a su autor hacer restauraciones tan interesantes como la de la persona y obras del Arcediano Gundisalvo, que de entonces acá ha sido objeto de eruditos trabajos, convirtiéndose en figura interesantísima de la filosofía medioeval. Al llegar a la época del Renacimiento, crece el interés; y el segundo tomo es el más bello desde el punto de vista del arte. El capítulo dedicado a Erasmo y a sus discípulos y contradictores españoles es un acabado estudio moral, un risueño relato de las costumbres literarias de la época. ¡Cuán bien apreciado el carácter de Erasmo; cuán acertadamente fijada su posición en el desarrollo de la idea protestante! ¡Cuán hábilmente descritos sus amigos españoles! ¡Con qué gracia aparece estudiada la figura semiquijotesca de López Estúñiga, empeñado en embestir a Erasmo con su fiero lanzón teológico; y firme para responder a los golpes de su temible contrario! El historiador se complace cuando el curso de su narración le permite entrar en los amenos campos del humanismo y recoger algunas flores de grato perfume clásico. De aquí la frescura que tiene la biografía de Juan de Valdés, conocido en el mundo literario por su célebre *Diálogo de la lengua*, que le da el primer puesto entre los prosistas españoles del tiempo de Carlos V, y famoso también en la historia religiosa como jefe de un cenáculo protestante de que formaron parte grandes personajes, a quienes

Rosario Histórico

atrajo la elocuencia mística del español. El análisis del famoso *Diálogo* está hecho de mano maestra, con una estimación equitativa de sus excelencias como obra literaria y de sus deficiencias como ensayo filológico. Allí comparece también, como amiga, aunque no adepta de Valdés, la reina de las poetisas italianas, la musa de Miguel Angel, la viuda del vencedor de Pavía, Vittoria Colonna, cuyos versos místicos interpreta el historiador con gentil simpatía. Este asunto fue tratado también por Cantú en su obra citada, y puestos en comparación los capítulos respectivos, la balanza se inclina en favor del español por la amplitud de la información y por el colorido del relato. Terminado este episodio, que se desarrolla bajo el cielo azul de Nápoles, en el más bello escenario que es dado contemplar a miradas humanas, aparece la extraña figura de Miguel Servet; y aquí la relación es particularmente interesante, porque el historiador se ve obligado a condenar al teólogo extraviado del *Christianismi Restitutio*, pero simpatiza con el hombre y con el sabio; con aquel carácter de recio temple aragonés; con ese "espíritu salamandra, cuyo centro es el fuego," según la feliz expresión de Tollien; y cuando llega la hora suprema del sacrificio en el campo de Champel, la indignada protesta del historiador parece mezclarse a los gemidos de la víctima, sentimos crujir las carnes del desdichado al beso de las llamas encendidas con leña verde por los partidarios del libre examen y vemos al vengador de la justicia retirar el hierro enrojecido de la hoguera que consumió al sabio descubridor de la circulación de la sangre, para estamparlo en la frente de Calvino, autor de aquel crimen judicial, hipócrita y cobarde.

En género muy diverso, ¿quién puede olvidar el estupendo retrato moral y literario de Marchena y la descripción física de este buscarruidos intelectual, en que la pluma del literato compite con el pincel genial y característico de Goya? Y si pasamos a la parte referente al siglo último, no sabemos qué admirar más, si trozos de

elocuencia crítica como el paralelo entre Balmes y Donoso Cortés, que pasará a las antologías como modelo de este género literario, o arranques como la invocación sublime a los héroes de la Independencia española; o el resumen sintético de la moderna heterodoxia; o rasgos humorísticos, como el retrato del hierofante del krausismo, Sánz del Río, que ha hecho recordar a Boris de Tannenberg las malignas caricaturas de los eclécticos, hechas por Taine en su famoso libro sobre *Los filósofos clásicos*. A medida que se acerca el relato a la época contemporánea, el escenario se empequeñece, las figuras tienen menos originalidad y relieve, y el narrador pierde a ratos el tono objetivo y empuña las armas no enmohecidas del polemista, para poner en la picota los que él juzgaba condenables y peligrosos extravíos y para flagelar a celebérrimos personajes. Sobre este punto hace MENÉNDEZ examen de conciencia, en los preliminares del tomo primero de la edición definitiva, y hace la siguiente, importante declaración: "No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros o en su enseñanza. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia." Y por lo que hace a la composición del libro, declara con esa modestia propia del verdadero sabio, que tiene muchos defectos, nacidos de su "escaso saber" y de "la ligereza juvenil" con que se arrojó a un empeño "muy superior a sus fuerzas"; y después de anotar todo el enorme caudal de datos nuevos que ha aportado en años de constante elaboración, a la cual ha puesto término teniendo en cuenta "los límites probables de la vida," todavía manifiesta que tiene que resignarse a que la obra resulte "manca e imperfecta," como producción de "un solitario y un autodidacto."

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

La otra grande obra de Menéndez y Pelayo fue la *Historia de las ideas estéticas en España*, que desgraciadamente quedó incompleta, con grave daño para la ciencia española, pues es una obra de capital importancia, que encierra mucho más de lo que su título indica. Tal como está, la parte dedicada a España es la menos extensa, aunque sea la más original y curiosa, pues el crítico supo reunir en un haz cuanto especularon sobre la belleza los teólogos y filósofos del siglo de oro; los sumos escritores místicos; los poetas y novelistas platónicos; los preceptistas de la escuela aristotélica; los que en el siglo XVIII preludiaron las doctrinas de la moderna estética. Todo lo que en estas páginas se contiene es oro puro; pero si tendemos en derredor la vista, se abren más amplios, indefinidos horizontes; allí se levantan, presidiendo el desarrollo del pensamiento humano, los dos colosos de la filosofía, Platón y Aristóteles; allí Plotino con el misticismo de sus *Enneadas;* allí Averroes y los expositores árabes del maestro de Estagira; allí San Agustín y Santo Tomás, padres de la ciencia cristiana. A medida que la labor adelantaba, el campo de visión se hacía más amplio; y por una nueva anomalía en la vida literaria del autor, este gran patriota, que tuvo como móvil principal la glorificación de España, y que en su juventud no ocultó sus nobilísimos celos con relación a Francia y sobre todo a Alemania, dedicó los últimos volúmenes, los más extraordinarios como ejecución literaria, a la glorificación de la estética alemana y al estudio brillante de la moderna literatura francesa. Allí está de cuerpo entero la figura de Hegel, como cumbre de la cual corren todos los ríos secundarios de la ciencia estética; allí comparece Taine como maestro del arte de narrar y agrupar figuras, animadas de una vida tan intensa como la que dieron a las creaciones de su pincel los viejos pintores venecianos; allí Macaulay se presenta con la serie inmortal de sus *Ensayos*, en que depositó toda su sabiduría y toda su experiencia de humanista y hombre de Estado, a disputar a

Sainte-Beuve la primacía que éste reclama con la serie imponente de sus *Conversaciones del lunes*, en que extremó la sutileza de sus análisis psicológicos y compitió por la finura de la observación y la gracia de sus fórmulas lapidarias con los moralistas clásicos, honra insigne de la literatura francesa. Pero hay más aún: ¿quién puede desconocer que en todo grande artista hay una doctrina estética, que no siempre aparece definida, pero que está implícita en su mente, e influye, de modo poderoso, en la concepción de la obra y en los procedimientos científicos que emplea? Pues este principio fecundo que Menéndez expuso en los prolegómenos de su libro, y que, aplicado desde sus comienzos, nos habría dado, de una vez, junto con la historia de la estética, la de la literatura española, influye en la composición de la parte final, y a él debemos esos arrogantes retratos de los grandes poetas modernos, Byron y Shelley; Goethe y Schiller; Lamartine, Hugo y Musset. Es esta una procesión de dioses, solemnizada, no con el instrumento monocorde de los críticos incompletos, sino con una vasta orquesta wagneriana, de rica variedad de temas; pues el crítico encuentra palabras de láctea dulzura para caracterizar la poesía de Lamartine; se ostenta colorista y sanguíneo para apreciar el arte de Víctor Hugo; y halla tonos patéticos para pintar la desolación de alma, la tragedia interior del pobre cantor de *Rolla* y de *Las Noches*. No puede negarse que el libro resulta desproporcionado; y que da la impresión de una obra que se hubiera ido elaborando caprichosamente, sin sujeción al plan primitivo; pero hecha esta salvedad, en homenaje al arte de composición, que todo autor debe respetar, sólo alabanzas merece Menéndez y Pelayo por habernos dado el único libro de literatura comparada que posee nuestra lengua; digno de ponerse al lado de las mejores obras extranjeras, por ejemplo, la famosísima del danés Brandes sobre las *Corrientes literarias del siglo XIX*. Y aun puede decirse—sin merecer la tacha de exageración patriótica—que la parte dedi-

Universidad del Rosario Archivo Histórico

cada por éste al romanticismo francés no vence ni con mucho en profundidad y brillo a las páginas de nuestro crítico. Las *Ideas estéticas* aparecen citadas como autoridad en el *Manual de la historia de la literatura francesa*, de Brunetière; a ese libro se debe el que figuren nombres españoles en la *Estética* del gran pensador italiano Benedetto Croce, y sobre su valor de conjunto dice lo siguiente el profesor inglés George Saintsbury, en la obra con que cierra la importante serie por él editada con el título de *Períodos de la literatura europea:* "Esta Historia es estimada por las autoridades más competentes como un modelo de lengua, y revela un indisputable saber y agudeza y vigor de pensamiento. En más de una ocasión hemos indicado el papel importantísimo que la crítica desempeña en toda la literatura de nuestro tiempo. No es pequeño honor para el señor Menéndez, y también para su lengua y su patria, que el libro que ocupa absolutamente el primer lugar en la materia, sea obra de un español" (1).

Cumplido este deber con la literatura universal, era llegado el momento de que Menéndez y Pelayo acometiese la redacción de su Historia fundamental de la literatura española. Todo lo invitaba a realizar esta empresa: tenía autoridad y ciencia para hablar como el primero de los maestros. El tiempo de las polémicas había pasado; y ya nadie lo discutía en España: católicos y libres pensadores le rendían acatamiento, como a una gloria nacional. Cuando celebró el vigésimo aniversario de su profesorado, sus amigos españoles y extranjeros le hicieron espléndido homenaje con la publicación de dos grandes volúmenes de trabajos de erudición, a él dedicados. Allí se enlazan los nombres de Valera y de Menéndez Pidal con los de Farinelli, Fitz Maurice-Kelly, Böhmer, Michaelis, Croce, Restori, Merimée y Pío Rajna. De su lado estaban los viejos campeones de la tradición; y la juventud, enamorada de nue-

(1) *The later nineteenth Century*, pág. 279.

vos ideales. En cuanto a su talento de crítico, había llegado a su más alto punto de expansión: había adquirido una serenidad, una grandeza, que son cualidades distintivas del genio. La antigua discordia entre latinos y germanos se había resuelto en una armonía superior, y había levantado en su alma un altar a Goethe, no lejos de los de Dante y de Homero. En su mente se reflejaba, como en espejo mágico, todo el panorama de la literatura española, desde los genios soberanos, hasta los ingenios secundarios y modestos, dignos de recuerdo por algún rasgo hermoso, por alguna tentativa afortunada. Sus dotes de narrador y de pintor de historia tenían especial aplicación en este asunto; porque la literatura española no había encontrado aún el grande artista que la comprendiera. Los ensayos hechos hasta entonces pueden compararse con edificios más o menos amplios, de correcta apariencia y elegantes líneas algunos; pero en que no hay habitantes. A lo sumo, Cervantes aparece como rey sin corte, o se divisa a Calderón de la Barca, gigante solitario como el Segismundo de *La vida es sueño* en su torre. Nadie negará que la obra de Ticknor es un excelente trabajo de erudición, prodigioso para un extranjero; pero pueden reconocérsele todas las cualidades, menos la animación y la vida. La tentativa gigantesca de Amador de los Ríos pertenece más a la erudición que al arte; por eso tiene menos lectores de los que merece su paciente y docta investigación. Hubo un momento en que pareció que Menéndez y Pelayo iba a tomar la pluma para realizar su obra, reclamada por todos los hispanistas del mundo, pero la expectativa fue vana; y pronto pudieron convencerse los admiradores de don Marcelino de que debían abandonar una esperanza, por tánto tiempo acariciada.

Fue perjudicial en este caso el exceso de erudición y el noble afán de realizar en el breve plazo de una vida la labor que podría corresponder a varias generaciones de eruditos. Si Menéndez hubiera realizado su his-

Universidad del Rosario Archivo Histórico

toria en la época en que escribió los *Heterodoxos*, nos habría dado una obra sintética de proporciones regulares y armónicas, por el estilo de la *Literatura inglesa*, de Taine. Más adelante, tuvo temor a las síntesis prematuras; y adoptó los métodos analíticos de la escuela alemana. Antes de acometer la composición de una obra de conjunto, quiso levantar las bases sólidas e indestructibles del futuro edificio. Y emprendió la ejecución de monografías para estudiar aparte los géneros literarios: así dio comienzo a la historia de la lírica; luégo escribió los *Orígenes de la novela*, y acometió el examen analítico de todo el teatro de Lope de Vega. Y estos mismos trabajos, a medida que avanzaban, iban dando origen á nuevas ramificaciones, y el plan primitivo se agrandaba, hasta perderse de vista sus límites. Así del estudio sobre la lírica surgió el admirable *Tratado de los romances viejos*, digno de ponerse al lado del libro inmortal de Milá sobre la poesía heroico-popular; así lo que principió por una serie de semblanzas, acabó con un libro entero dedicado a Boscán. La misma historia de la novela, cuyo primero, incomparable tomo, es un modelo de composición, pierde desde el segundo la armonía de las proporciones, y quizá por esta causa haya quedado para siempre inconclusa. En todos estos trabajos, apenas llegó MENÉNDEZ a los umbrales del Renacimiento, la época de su predilección. Nunca soñó él en su juventud cuando exclamaba con desenfado "ensalcen otros la Edad Media," que los últimos años de su vida los pasaría dedicado a hacer la historia literaria de este período; y que emboscado para siempre en esta selva secular, sólo desde lejos podría mirar con ojos amantes la edad de oro, la de la perfección clásica, a la cual había soñado consagrar un monumento digno de su grandeza. En vano voces amigas se esforzaban por arrancarlo del bosque encantado, recordándole sus antiguos proyectos; en vano en Portugal Teófilo Braga daba cima a análoga empresa, publicando en treinta y dos volúmenes el ciclo completo de su *Historia*

da literatura portugueza. El se limitaba a anotar las precipitaciones de esta obra, por otros títulos admirable, como comprobación de los peligros que entrañan estos esfuerzos de generalización, y seguía amontonando libros sobre libros y acometiendo nuevas empresas, que tampoco llegaban a su fin. Algunas de estas producciones bastarían para la gloria de un literato: la monografía de Boscán, por ejemplo, alcanza la perfección del género; pero muchos hubieran preferido, en vez de este magistral estudio, un libro que representara para nuestra literatura lo que la *Storia* de Francesco de Sanctis significa para la italiana; así como habrían cambiado los portentosos prólogos analíticos de las comedias de Lope de Vega, por un libro que reflejara su juicio definitivo sobre el rey de nuestra escena, genio predilecto de su corazón.

Hay escritores metódicos y profundos que concentran todo su saber en la composición de una sola obra, original y acabada, con la cual adquieren autoridad y gloria. Ahí está, por ejemplo, Comparetti, que conquistó alto puesto entre los modernos eruditos, con su magistral tratado *Virgilio nel medio evo*. MENÉNDEZ fue un genio pródigo y despilfarrado, que, al corregir una obra, convertía una página en un nuevo volumen, como acontece con los *Heterodoxos*, cuyo tomo primero se refiere a una materia contenida en la primera edición en unas pocas líneas: es, a saber, los cultos prehistóricos de España, tema más de arqueólogo que de literato, y que el autor desarrolla con una riqueza de exposición y un rigor científico, propios de un consumado especialista en tan oscuro y espinoso ramo del saber.

Merece notarse que los dos hombres que en España y Francia parecían predestinados para hacer una obra de genio sobre sus respectivas literaturas, han muerto sin haber cumplido esta misión. Permitidme asociar los nombres de MENÉNDEZ Y PELAYO y de Ferdinand Brunetière. Ambos fueron egregios luchadores; ambos consagraron su vida á las más nobles tareas intelectuales. Nadie les ganó en amor a la

Rosario Histórico

patria, y por esta misma razón, nadie comprendió tan profundamente el genio de su literatura; porque el amor, cuando es inteligente y no ciego, permite apreciar con más viveza las excelencias del objeto amado. Fueron hombres de nuestro tiempo por la cultura intelectual, pero espiritualmente vivieron en época lejana; uno en el siglo de Pascal y de Bossuet; el otro en el Lope de Vega y de Cervantes. Ambos tuvieron el dón de la elocuencia; y de él se sirvieron para transmitir a sus oyentes el entusiasmo que ardía en sus pechos por esos genios preclaros, modeladores del alma nacional; y para salir a la defensa de la tradición desfigurada y escarnecida. Uno y otro fueron, antes que nada, hombres de letras, pero dieron base a su cultura literaria con el estudio de las ciencias positivas. Los dos pasaron su vida preparándose para la edificación de un monumento que no llegaron a levantar. Brunetière, en su *Manual*, nos presentó el aparato bibliográfico que había alistado para ese empeño colosal, que él no se atrevía a anunciar ni como "promesa"; y en forma de discurso expuso las ideas generales de su obra. Menéndez, en las columnas y arcos que dejó levantados, nos permite sospechar la magnitud del plan arquitectónico que acariciaba en su mente.

Es hermoso el ejemplo de estos dos hombres, que fueron hijos de sus obras y que a fuerza de talento y de constancia, llegaron a las alturas y dominaron el mundo intelectual, que era, en parte, hostil a sus ideas; que dieron ejemplo de desinterés absoluto, de amor heroico á la verdad; trabajaron como monjes y lucharon como paladines para morir con la pluma en la mano, sintiendo que la vida fuera tan breve para la realización de sus grandiosos planes. Pudieron pedir que se depositase en su tumba la espada de combate que reclamaba Enrique Heine para la suya; y además la cruz por la cual lucharon y a que murieron abrazados. La contemplación de estos hombres levanta el ánimo y lo conforta, e inspira fe en la humanidad.

Tema de meditación es la variedad de los humanos destinos. Mientras unos rinden toda su labor y se van del

mundo al caer de la tarde, otros son sorprendidos por la muerte en la mitad de la tarea y cuando el sol sonreía sobre sus frentes. Littré da cima en la vejez a su Diccionario; Cuervo deja incompleto el suyo; a Renán le alcanza la vida para terminar su *Historia del pueblo de Israel* y escribir en la última página, con sacrílega ironía, *Finito libro sit laus et gloria Christo*, frase que el lector puede repetir, dándole todo el acento de la verdad; y ni Macaulay, ni Taine, ni Herculano logran poner fin a sus egregias labores históricas, y Menéndez sucumbe en el instante en que daba principio a la edición definitiva de sus obras, monumento único en la lengua castellana.

Aunque incompleta la obra de Menéndez, de ella se desprende una idea general que, en opinión del eminente escritor francés Boris de Tannenberg, "no le cede en importancia a la idea directora de Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea.*" Y explicando su concepto agrega: "Taine puso el dedo en el error inicial de los revolucionarios, que consistió en legislar para el hombre abstracto y hacer tabla rasa del pasado de Francia, como si fuera posible renovar una sociedad sin hacer cuenta de su formación histórica. Menéndez y Pelayo se ha dedicado a probar que una nación no puede romper con la tradición de su pensamiento, como no puede romper con su historia. Su mentalidad es el resultado de una elaboración secular, y ninguna ilusión más funesta que la de esperar transformarla bruscamente" (1). La escuela progresista, partiendo del hecho histórico de la decadencia de España al finalizar el siglo XVII, quiso hallarle fácil explicación, y atribuyó fenómeno tan complejo a una sola causa, a la intolerancia religiosa. Y como el catolicismo informó todas las manifestaciones sociales, políticas y artísticas de la antigua España, la flamante escuela renegó de la tradición entera y pensó fundar una nueva patria, con tenden-

(1) *L'Espagne litteraire*, pág. 143.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

cias y espíritu extraños. ¿Qué resultó de aquí? Que esta labor infecunda, en vez de engrandecer y renovar a España, la mantuvo en triste inferioridad; y en vano esperaron los optimistas ese portentoso desarrollo científico, que se anunciaba como resultado inevitable de la propaganda anticristiana. Vino MENÉNDEZ y demostró que un pueblo que rompe los lazos que lo unen a la tradición, está condenado a esterilidad, como un árbol cuyas raíces se separan de la tierra; y que la única manera de engrandecer a España era ponerla en la corriente del genio nacional, para encaminarla así, fácil y lógicamente, hacia la meta de sus naturales destinos.

Y á las negaciones, más o menos francas, de los libres pensadores de entonces, opuso la siguiente afirmación, que unos llamarán quijotesca y otros digna del héroe de Covadonga, cuyo nombre llevaba como segundo apellido: "Soy católico *á macha martillo*, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuír ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso." Para MENÉNDEZ atacar al catolicismo era herir en lo más hondo el alma nacional. Y es de notarse cómo coinciden en esta apreciación dos egregios espíritus, procedentes de escuelas muy diversas, pues a la filosofía de la historia del pensador católico, responde, para confirmarla, el genio sutil y profundo de Angel Ganivet, con la siguiente declaración: "España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en descatolizarla, no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación" (1).

(1) *Idearium Español.*

La campaña de MENÉNDEZ no fue infructuosa, y una legión de sus amigos y discípulos, afiliados en distintas escuelas filosóficas, sigue con tesón en la tarea de restaurar el genuino pensamiento español y darnos el cuadro completo de su cultura. Quisiera nombrarlos a todos, pero la enumeración sería demasiado larga. ¿Cómo olvidar, sin embargo, á mi caro amigo Antonio Rubió y Lluch, honra insigne de Cataluña; a Ramón Menéndez Pidal, genial explorador de la primitiva epopeya hispánica; a Adolfo Bonilla y San Martín, egregio crítico de Luis Vives e historiador de la filosofía española; a Francisco Rodríguez Marín, tan consumado erudito como delicado artista literario; a doña Blanca de los Ríos, elocuente apologista de Tirso de Molina; a Cotarelo y Mori y a Puyol y Alonso, explorador el primero del siglo XVIII; biógrafo el segundo del Arcipreste de Hita; a Miguel Asin, el arabista insigne; a Cejador, el atrevido filólogo? Este grupo es gloria muy legítima de España: algunos de los citados son ya figuras de primera magnitud. Pero ellos, que son tan sabios y quisieron tánto al maestro, serán los primeros en reconocer que nadie llenará el vacío dejado por el genio universal de MENÉNDEZ Y PELAYO. Cuando murió Alejandro el Grande, sus capitanes se dividieron el imperio; y algunos se mostraron dignos de llevar el cetro; pero no hubo otro Alejandro, ni el imperio se reconstituyó jamás.

Para la América española la desaparición de MENÉNDEZ Y PELAYO tiene triste significación, porque él era un centro que mantenía nuestra unión literaria con España, debilitada por tantos años de aislamiento y por el influjo preponderante del pensamiento y del arte de otros pueblos europeos. A él volvían los ojos todos los escritores americanos, y buscaban, como garantía de acierto, su fallo, considerado como inapelable; y él tenía el cerebro bastante poderoso y el corazón suficientemente grande, para prestar atención, en medio de abrumadoras tareas, a cuanto se producía en la América española, aun a informes tentativas de

Rosario Archivo Histórico

los principiantes ; y no empleó para con nuestros hombres de letras ese tono de desdeñosa protección o de escéptica ligereza, que es más ofensivo que el silencio o la improbación: nadie elogió con más calor, con tono más efusivo la gloria de nuestros grandes poetas y escritores. Y de esa simpatía queda un hermoso monumento en la *Historia de la poesía americana*, único trabajo magistral que existe hasta hoy sobre literatura del Nuevo Continente. Allí Colombia está tratada con regia consideración, y sobre nuestra poesía escribió páginas de imperecedera belleza. Si algún día se forma una galería de los retratos literarios de MENÉNDEZ Y PELAYO, habrá que colocar allí la semblanza, penetrante y magnífica, que hizo de nuestro insigne José Eusebio Caro.

Llego, con la fatiga de un empeño temerario, al término de este mal hilvanado discurso, que no tiene otro mérito que el de la sinceridad. Quise escribirlo bajo la impresión de la noticia de la muerte del maestro, para dar expansión a íntimos sentimientos, y valiéndome para su redacción del recuerdo de pasadas lecturas, pues comprendí que el emprender un nuevo estudio de las obras de MENÉNDEZ Y PELAYO, era aventurarme en un mar, y que tardaría mucho en llegar a la orilla. La desaparición de este hombre ha renovado en mí la herida abierta por otras pérdidas dolorosas ; y paréceme que veo pasar la sombra del ilustre español, acompañada por las de sus amigos Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo ; como ese desfile de simulacros gloriosos que los romanos conducían a sus funerales, para honrar al muerto y para fortalecer el ánimo de los vivos.

Salud, glorioso titán, que con el potente martillo de tu genio golpeaste en la roca viva de tu raza, para modelar la imagen de una España nueva ; heredera, no enemiga de la antigua, serena en la conciencia de su misión histórica ; iluminada a un tiempo por la luz de la estrella de lo pasado, que brilla sobre su frente, y por los resplandores de aurora que anuncian el porvenir !

He dicho.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico